

UN DIA CUALQUIERA

Eran las seis de la mañana, de un día como otro cualquiera de invierno. María siempre se despertaba a esa hora como si tuviera dentro de su cuerpo un reloj despertador. Y digo un día cualquiera... porque allí en el pueblo, a partir del mes de septiembre, que era cuando se marchaban los veraneantes, todos los días eran iguales.

Hoy no tenía muchas ganas de levantarse, hacía más frío que otros días y estaba lloviendo. La casa donde vivía era antigua y grande, era la casa familiar donde había nacido y pasado sus años de niñez. En ella sólo había el calor que proporcionaba la antigua chimenea de la cocina y hacía horas que ya se habían consumido los troncos que dejara antes de irse a la cama, por eso suponía un gran esfuerzo levantarse cada mañana.

María había abandonado el pueblo cuando era pequeña, sus padres habían decidido ir a la ciudad a buscar una vida mejor, la vida en el campo era dura, les había oído decir. Regresaba cada año a casa de los abuelos a pasar las vacaciones de verano cuando acababa el colegio en el mes de Junio, y no volvía a la ciudad hasta el mes de Septiembre, pocos días antes de que diera comienzo el nuevo curso escolar, justo el tiempo necesario para hacerse con el material y los libros que iba a necesitar.

Cuando tenía que volver, siempre había lloros hasta después de haber recorrido unos cuantos kilómetros en ese tren que iba abarrotado de gente. Los recuerdos que ella tenía eran buenos y por eso había decidido ir a vivir al pueblo una vez se hubiera jubilado. Recordaba que durante el verano se juntaba con varios de sus primos, todos a cargo de la pobre abuela, pero entonces no era consciente del trabajo que le daban y de las preocupaciones que tenía con todos ellos.

Recordaba los juegos con las amigas, las caminatas a otros pueblos cercanos, los baños en el río, la pesca de cangrejos y pececillos... Recuerdos agradables. No había un día igual a otro.

Pero ahora después de los años veía que todo había cambiado, no era lo mismo, ni conocía a la mitad de la gente.

Por el río ya no baja agua, mucha de la gente que conocía ya no está, bien porque ha muerto o

Sant Jordi 2021 Un día cualquiera

porque sus hijos se la han llevado a la ciudad, todo está distinto.

Pensaba que iba a ser igual a como ella lo recordaba, no había imaginado lo que el tiempo llega a cambiar las cosas, y a las personas, en primer lugar a ella. Ya no era la niña aquella que corría por las calles empedradas, hasta eso ha cambiado, ahora hay asfalto. De todo esto nada más te puedes dar cuenta viviendo hoy el día a día en el pueblo.

Si que es verdad que hay cosas que siguen igual y no creo que cambien, como salir a tomar el fresco después de cenar en las noches calurosas de verano y charlar un rato con los vecinos hasta la hora de ir a dormir, aunque no sean los mismos que ella conoció en la niñez.

El panadero sigue viniendo a vender el pan y las pastas desde el pueblo de al lado, ya no es el mismo, ahora es su hijo y su nieto quienes llevan el negocio, solo vienen dos días a la semana, porque apenas queda gente y no les sale a cuenta hacer el viaje aunque solamente haya 5km. de distancia entre un pueblo y otro. También ha cambiado el sabor del pan y el de los «sobadillos», ahora está todo más industrializado y por lo tanto saben igual que los que venden en la ciudad.

Siguen viniendo el frutero, el pescadero, y algún que otro vendedor ambulante con su furgón, donde llevan de todo lo que puedas necesitar desde leche, aceite, fiambres, encurtidos, material de limpieza etc. y hasta algo de ropa.

El agua de la fuente, a donde iba a beber de sus caños para refrescarse después de haber estado jugando a correr y pillar, o a llenar los cántaros y las botijas, ya no es potable. Ahora han puesto una gran cisterna al lado con agua «buena».

Que distinto es todo a como ella lo recordaba. Que diferente es pasar el verano de chiquilla con los primos y demás amigos, sin preocuparse de nada, a pasar el duro invierno... y además sola en esa casa que tantos recuerdos trae a su mente.

María no sabía cuanto tiempo había transcurrido desde que despertó, daba igual, tenía todo el día por delante para hacer los quehaceres de la casa. No iba a venir nadie a entretenerla, porque con el frío que hacía nadie salía a la calle si no era para comprar el pan, fruta, pescado o algo estrictamente necesario.

Sant Jordi 2021 Un día cualquiera
Así pasaban días y días sin ver a nadie.

Lo único que cambiaba la monotonía de su vida en el pueblo durante el invierno, era la bocina del vendedor de turno, ya se las conocía todas. Si tenía suerte igual se encontraba con algún vecino que acudía como ella a comprar algo que le hacía falta y entonces dejaba de ser un día cualquiera.